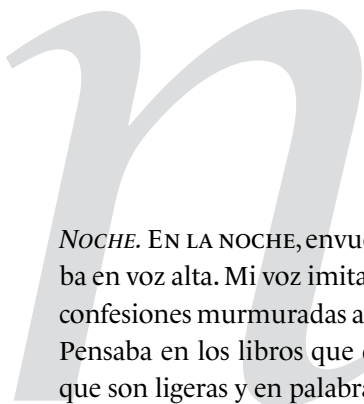


Tarjeta postal de Cappon / Sarajevo, 1910. (Imagen: Austrian Archives / Imagno / Getty Images))

# Un país sin salida al mar

Marisol García Walls



*NOCHE.* EN LA NOCHE, envuelta entre las sábanas, pensaba en voz alta. Mi voz imitaba el sonido ahogado de las confesiones murmuradas a los oídos de una almohada. Pensaba en los libros que quería escribir. En palabras que son ligeras y en palabras que son pesadas, esas que se deslizan con la lentitud de la mermelada sobre la mantequilla, dejando grumos. Palabras que pesan como las cortinas y que se quedan sonando, como las olas del mar.

*Casa.* Tal vez la razón por la cual siempre quise ir a Sarajevo fue porque asocio el nombre de esta ciudad con uno de mis recuerdos primarios: cuando escuché, por primera vez, la palabra *guerra*.

*La idea de un diccionario.* La consigna era la siguiente: toda palabra debía remitir a una pregunta antes que a una explicación. Mi vida se fue tejiendo a partir de las redes entre palabras que, si no conseguía explicar, sí, por lo menos, alcanzaba a intuir.

*Residence Rooms.* Ediz, el turco, está en Bosnia desde hace algunos meses. Nos hemos hecho amigos, al punto de que usa el término “locales” para referirse a nosotros —viajeros, según él, más experimentados— en comparación con los demás “turistas”. Me dice que no puede regresar a su casa en Esmirna porque engañó a su mujer con una musulmana que conoció aquí y que ella, cuando lo supo, retiró todo el dinero de la cuenta bancaria que compartían para irse a Bahamas con unas amigas. Para matar el aburrimiento —aquí los días de verano se extienden de una forma pavorosa— hablamos sobre nuestras experiencias en tránsito. Le cuento sobre el hombre más extraño que conocí en mi viaje: un cazatesoros quien aseguraba haber nacido en Macedonia, y que, en una ocasión, me pidió le ayudara a esconder el detector de metales que usaba para encontrar monedas antiguas que después vendía

a coleccionistas europeos. Ediz me cuenta de una chica que se fue del hostel el mismo día en que yo entré, una mujer de mirada perdida quien no podía dejar de caminar a lo largo de la habitación compulsivamente. Si abrías la puerta, salía al pasillo y caminaba hasta la calle. Después de un rato, en el momento en que se le comenzaba a extrañar, regresaba.

*Ciudades tomadas.* (Conversación con una pintora croata.) “Llegaron de las afueras de nuestra ciudad para vender los productos que cosechaban. Llegaron primero unos pocos. Luego fueron viniendo más. Un día, miré a mi alrededor y me di cuenta de que ellos eran mucho más numerosos que nosotros, los que habíamos nacido, crecido y envejecido dentro de los muros que rodean la ciudad. Ahora no tengo duda al respecto: nos hemos convertido en sus extranjeros”.

*Red.* Como toda red, estoy hecha de nudos y agujeros. Soy de naturaleza pesada cuando me arrojan al agua; ligera cuando me dejan secar al sol.

*La idea de un diccionario II.* Uno llega a una ciudad y lo primero que hace es pedir direcciones sobre lo que hay que ver, los lugares que merecen ser caminados, en dónde es aconsejable encontrar la noche. Alguien se presta para dar las indicaciones apropiadas; describe la ciudad con sus palabras. Me dice *catedral* y yo la evoco —o, más bien, la imagino, pues se trata de mi primera visita—. Me dice *calle* y la recorro, buscando el punto donde se pierde el comienzo. Me dice *parque* y me pierdo, esperando que diga *punte*, para entonces caer en el río que barre piedras bajo el sol.

*Agujas.* Nuestras conversaciones de esa semana giraban en torno a la tristeza de haber perdido una casa. Nos dolía la imposibilidad de sus ventanas. Le cuento a Ediz un sueño recurrente que tengo desde mi llegada. Sueño

despertar en otro puerto y caminar un par de cuadras, como si no notara o no me importara el silencio profundo que se cuele por las calles. El cielo es rojo y está salpicado de nubes grises, detrás de las cuales brilla un sol pesado, pero disminuido. Ante la luz —*esa luz*—, la ciudad me parece espectral. Pierdo el rumbo, hasta que eventualmente me encuentro frente a una hilera de casas. En la fachada de la última hay un reloj solar. Me detengo a mirar la hora, pero en ese momento la sombra de la aguja se funde con el resto de la noche y, entonces, el tiempo desaparece.

*A mitad del viaje, desde una remota estación de autobuses, me envió a mí misma una carta que dice lo siguiente: “¿te acordarás acaso de tu ciudad, esa que gime y canta, a la que le escribes cuando estás lejos, esa que buscas en cada lugar nuevo que visitas, que refieres en todas tus conversaciones, esa que te vio nacer y crecer deseando estar lejos de ella? ¿Te acordarás de sus parques o sólo del recuerdo de sus parques?”*

*Huéspedes.* Me enamoré de K. como se enamora uno en las películas: en el momento en que lo conocí. Pelirrojo, con aspecto de músico o de pirata, autor del cumplido más bonito que me han hecho en la vida: dijo que mis manos eran tan pequeñas que podían hacer los nudos de un tapete persa.

*Rahat lokum.* Los *rahat lokum*, mejor conocidos como “delicias turcas”, son una especie de gomita dulce con sabor a agua de rosas, a vainilla, a nuez, canela o coco. Naida, la dueña del hostel donde permanezco, trata de explicarme el significado de este nombre. Por un lado, *rahat* —difícil de traducir, apunta Naida— designa la sensación de estar satisfecho con una cantidad que es exacta, como la plenitud que proviene de una comida abundante, sin exeso, o con una conversación en su medida perfecta. Y *lokum* es un dulce. Pedacito de paz.

*Fragmento de una conversación con un doctor serbio.* “Tal vez me veo joven, pero no soy tanto. Es por la guerra. Nos hizo tener infancias más largas”.

*Lo que guardé dentro de mi libreta.* Una rosa que fue cortada en la tumba de Van Gogh./ Medio boleto del tren nocturno Venezia-Ljubljana, carrozza 427, asiento 55F./ El teléfono del mesero que me gustaba cuando vivía en París./ El recibo de un timbre que compré en una oficina de correos para enviarme a mí misma una carta./ Una multa emitida por la Federación Bosnia de Transportes por no respetar las reglas del tranvía./ La traducción de una canción de Jadranka Stojankovic en la parte trasera de un mapa de Sarajevo, escrita por la mano de un amante.

*Historia.* Me digo a mí misma que un día voy a escribir mi historia. Trato de no olvidar nada. Es más: condeno el olvido como lo han hecho muchos otros antes que yo. Pienso en Sabra y en Chatila. En Srebrenica, Halabja, en Chile, en Siria. En Hiroshima. No hay que olvidar Hiroshima. Incomparablemente pequeñas son mis tristezas personales: salen a relucir en las cosas que escribo, en los gestos cotidianos, en las conversaciones con amigos. Son tristezas modestas, individuales, contenidas. Parece como si, a propósito, hicieran eco de esta máxima de Séneca que alguna vez citó Montaigne en sus ensayos: “ligera la pena, habla; grave, enmudece”.

*Puentes.* Pronto me fui volviendo eso mismo que respiro, o tal vez el recuerdo de todo lo que creí abandonado: un puente viejo sobre el río Bosna, una biblioteca incendiada, o la llamada del almúedano para la oración de las cinco de la tarde. En un instante respiro el aire que pasa por los cementerios bajando por la montaña, y el mundo se detiene ante el gesto con que extendiendo mi mano y estiro los dedos para hundirlos en una herida de bala que marca la fachada de una casa en el centro otomán. ▀